

FIAT LUX

Semanario liberal destinado al fomento de la producción literaria
APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION

223—URUGUAY—223

Precio de suscripción

Por trimestre. \$ 1.50
Número suelto « 0.20

SUMARIO—MATRIMONIO RELIGIOSO — DIPLOMACIA Y JESUITISMO—SERMONEANDO—EL NIÑO Y LA MUERTE—SEPARACION—LA ÚLTIMA CARTA—CHISPAS—AMOROSAS—VASALLAJE—ROMPE CABEZAS—NOTICIAS.

Matrimonio religioso

—0—

No es nuestro ánimo, como tal vez lo piense quien lea este epigrafe, hacer un estudio comparativo del matrimonio civil con el religioso, para concluir diciendo que nos quedamos con el primero.

No; bajo otra faz queremos encarar la cuestión.

Como lo saben todos, la iglesia romana exige como requisito previo é indispensable para la celebracion del matrimonio, el que los contrayentes se hayan confesado; y esto, lo mismo cuando ambos son católicos, que cuando no lo es mas que uno de ellos; la mujer p.e; ya que este es el caso más general.

Ahora bien: ¿no importa esa exigencia, pretender que toda mujer católica, por el hecho de serlo, no puede desposarse con quien no lo sea también? Es evidente que sí.

El someterse á la confesion auricular, importa indiscutiblemente aceptar, siquiera sea en esa parte, la religion católica. Y que parte se le hace aceptar, al que intencione unirse á una mujer que a ella pertenece!

Bien es verdad, que nadie toma á lo serio la tal confesion, reduciéndose esta en la casi totalidad de los casos, á un acto en el que confesor y penitente, se engañan mutuamente; este, inventando cuatro pecadillos de poco mas de nada, para salir del paso, y aquel, fingiendo creer que todo cuanto se le dice, es rigurosamente exacto.

Pero ¿no es en extremo bochornoso para ambos, el tener que ser actores en una farsa semejante?

Tan lo es, que si el futuro marido se decide á satisfacer tan torpe como irritante exigencia, no es más á vueltas de mil consideraciones sobre los disgustos y sinsabores que le acarrearía el negarse rotundamente á hacerlo. Y no menos resistencias tiene que vencer el confesor, siempre y cuando que sea un sacerdote de conciencia, que los hay, aunque desgraciadamente, de ellos no es el reino de los vicarios de Cristo en la tierra.

Yo no concibo francamente, nada más odioso y mortificante, que el ir á arrodillarse en presencia de un hombre que es nuestro irremediable adversario, y hacerlo nada menos que para confiarlo, lo que ni á nuestro mejor amigo confiaríamos tal vez. No se lo confiará al

fin, pero el simple acto de prestarse á representar una comedia, es, digase lo que se quiera, para un hombre pundonoroso, lo que los franceses calificarían de *trop fort*.

Y tanto más irritante es la tal exigencia, cuanto que ella no tiene justificación alguna; si no es llenar quizás, un deseo nacido del más vil y mezquino despecho.

A lo sumo, y como medio de que la mujer siendo católica, cumpliera con los preceptos de su iglesia, debiera requerirse la presencia de su esposo en el ceremonial eclesiástico, pero en manera alguna imponerle la práctica de actos que estén en abierta oposición con sus principios.

Siempre he pensado que si la mujer se diese cuenta de lo duro y hasta deprimente que tiene que ser necesariamente, el trance de la confesion, para los que no son católicos, jamás exigiría á su prometido que se casara por él, y ello simplemente, porque lo consideraría atentatorio á su dignidad, de la que ella debe ser el más celoso guardián.

Si conflicto puede haber con motivo de esa inaudita exigencia, él es creado pura y exclusivamente por la iglesia católica, y ella es por consiguiente, la única que debiera resolverlo.

Toda mujer católica próxima á casarse con un hombre que no lo sea, debería plantear así la cuestión: no es justo, ni moral que, por el hecho de contraer matrimonio, yo reniegue de mis creencias religiosas; pero tampoco lo es, que lo haga quien ha de ser mi compañero. Luego, no hay más que dos soluciones: ó renunciar á casarse, ó hacerlo con prescindencia absoluta de la iglesia á la que estoy afiliada. Pues hago esto último, y responsable no soy, por que mi religion, debería darme la fórmula que resolviese el conflicto sin menoscabo para los ideales religiosos de nadie, y no lo ha hecho.—Suya por consiguiente, solamente suya, es la culpa de que yo me concrete á celebrar civilmente mi matrimonio.

¿No sería esto, raciocinar muy sensatamente? Claro que lo sería, para todos, más para los sacerdotes católicos que, á semejanza del palurdo del cuento, no se convence con razones!

Por lo demás, bien sabemos que si la iglesia romana se muestra tan exigente en la cuestión de que nos ocupamos, no es por otra cosa sino por qué, consecuente con su táctica maquiavélica de siempre, todos los medios le parecen buenos para alcanzar el fin, y ese fin no es otro que el de, en este siglo de tanta enoiosa luz para sus *mirriolagos*, que aparentar el poderío que perdió hace mucho tiempo y que, bien lo sabe ella, nunca más lo recuperará.

Recien venidos al mundo, el bautismo nos hace miembros de su iglesia y antes de que hagamos uso de razón bastante para expresar nuestra voluntad, nos confirman en lo que

nuestros padres hicieron oficiosamente a nuestro nombre. Pasan los años; no somos católicos sino por el bautismo y la confirmación, esto es, por agena voluntad, pero como nosotros no nos preocupamos generalmente, tanto de ser liberal es ó católicos, como de ser blancos ó colorados, nunca protestamos contra lo hecho por nuestros padres, y continuamos aumentando el número, aunque no la fuerza de la falange de sotana.

Pero he aquí que un buen día se nos ocurre pensar q' ha llegado la hora de formar la familia que ha de reemplazar á la ya dispersa, en cuyo seno habíamos vivido hasta entonces. Todo es contento y regocijo cuando empiezan los preparativos de boda; pero á medida que el día fijado para su realización, se acerca, una profunda desazón se apodera de nuestra alma. Ah! es que para poder estrechar alborozados en nuestros brazos, á la mujer amada, y llamarla nuestra para siempre, es necesario, inevitable, pasar por una humillación... ¡hay que ir á doblar la rebelde rodilla, delante de un hombre á quien detestamos; de un hombre que acaso allá en sus adentros, se reirá con satánica satisfacción, viéndonos al fin prosternados, sumisos, con la mentira en los labios y el infierno en el alma!

Doncellas q' no os atreveriais á ofender en lo mas mínimo, la delicadeza del hombre que será mañana vuestro esposo; cuando se os presente el dilema «ó la humillación de vuestro prometido, ó la ausencia del sacerdote católico en vuestra boda,» preferid esto último, seguras de que el Dios dé paz y de tolerancia que todos amamos, os dará la bendición que sus falsos apóstoles os niegan!

Hugonote.

DIPLOMACIA Y JESUITISMO

La «diplomacia» es el engaño permitido entre las naciones, y el «jesuitismo» es el mejor engaño consentido entre los hombres.

De esas dos «fuerzas sustitutivas», conjuntamente encargadas de manejar sociedades, se producen resultados análogos: la absorción, el aniquilamiento del débil, y la creación del «paria» político y del cretino-social.

Los mejores tajos no los da ya el sable, ni los mas grandes taladros los hace el cañón; mas cortante es la acerada pluma, y con menor ruido horada la melosa palabra de los Pitt, de los Nesselrode, Talleyrand, Gladstone y Bismarck.

Cuando se esparce el anuncio de la convocación de un congreso diplomático, tiemblan las débiles nacionalidades, y la Geografía física, política y civil, corrige fronteras, varia el sistema de gobiernos y anota una reforma, todo lo cual se sale de los intereses del equilibrio, impuesto por el mas fuerte. Así desaparece Polonia, cortada en tres porciones; así los pequeños Estados del Danubio sirven como premios de una lotería que se sortea anualmente; así el Egipto se convierte en Condado; Túnez, Tonkin, Madagascar y el Congo, el Zululand, Zanzibar y la Tartaria, en «protectorados», como si los leones pudieran proteger á las ovejas!... y Chipre, la de los vinos delicados, la que llenaba á Hebe la copa del delicioso néctar para los convidados del Olimpo, engárgase cual preciosa joya á la corona de los Stuards con el afilado gavián de la pluma de Disraeli.

Loyola fué mas lejos aun.

Hay en la concepción de su plan, el mas vasto é intrincado de las asociaciones humanas, la combinación de todos los elementos del halago y de la coacción para ser dirigidos al dominio del mundo. Allí el cálculo es certero sobre las pasiones y los sentimientos del hombre; domina el espíritu de inquisición, y la astucia, la alevosia y el sotapado carácter que reviste el doctrinario, como la doctrina, funcionan como armas de buena ley. El método es la paciencia y la perseverancia auxiliadas por vastísimos estudios y por una habilidad en los procedimientos que raya en lo imposible. Su disciplina es severa, y esto en medio de una libertad de acción que le permite á los miembros de esa falange poderosa poderse plegar á todo: cambiar de lugar de trajes, de costumbres, contraer matrimonio, si fuere conceptuado como medio útil á sus propósitos, mentir, cambiar de fé,—se entiende en la apariencia,—para engañar mejor. Sobre ese amontonamiento de armas, monumento de «fuerza» intelectual, sojuzgada, brilla, irritantemente, la «humildad», como escudo de defensa, y en el pendon que lleva inscrita la supremacía del poder católico hay un lema:

«Dominio de las conciencias!»

Tal carácter no podía tener otra organización que la militar, y por eso se llamó Compañía... y al jefe de ella ¡EL GENERAL!...

Anónimamente los soldados de esa «fuerza», no pertenecen, desde que se alistán, á ninguna nacionalidad, y así como dejan la patria, abandonan los afectos, desconociendo la madre, el padre, la familia, los amigos, todo por el nuevo vínculo que los estrecha al derredor del ara y en el pensamiento dominador.

Este apostolado no pretende ganar prosélitos por la persuasión, guiando con la idea moral, sino que va á convertir los cerebros á la servidumbre, encorvando al hombre por la exaltación del fanatismo ó por la cesación de toda facultad libre en la degradación del idiota ó cretino. Conquista sin esfuerzo con sutil filtro que envenena de por vida el tierno cerebro de la infancia; sobre el alma llena de pudores de la mujer, derrama las impurezas con el nombre de pecados que encubre con la fraseología de una moralidad negativa; sobre las maduras inteligencias lleva el acopio de su saber, que embriaga; y á las altas regiones de los poderes del Estado conduce hábilmente sus maniobras para dictar la legislación que le ha de asegurar la estabilidad de su reino.

Abierta la campaña sobre toda la Europa, sus frutos y sus victorias fueron la Saint Barthelemy, las Dragonadas, la Bohemia bañada en la sangre de todos sus hijos, Silesia decapitada en sus mas preclaros varones, Polonia muerta, los Países Bajos humeantes con las hogueras de carne humana, Portugal maniatado ó Italia en fragmentos, pero esclavizada.

«La «ley de fuerza» como móvil de la inteligencia humana...!»

«¿Qué conquistador mas poderoso, qué «General» mas afortunado y qué poder de mayor duración?»

Francia hubo de arrojarlos de su seno, España negarles el asilo, y Clemente XIV, por burla especial, suprimirlos...

«Cuando un Papa suprime una institución aliada, cuán grande sería el peligro y cuán tremendas las responsabilidades del mal consumado!»

«Pero luego aparecieron en la India, é invadieron el Celeste Imperio, cerrado al mundo. Allí se ajustaron á los preceptos de Buda, iguales á los suyos, vistieronse como Mandar-

rines, como Bramas, como coptos y como Bonzos; comenzaron la labor, crecieron y dominaron; mas los funestos frutos desvanecieron el prestigio de los primeros dias, y, como en Europa, fueron castigados unos y los demas arrojados de aquellas regiones.

Y se encaminaron á América... Allí está el Paraguay sin vida... ved allí la enseñanza que consumó la servidumbre para el dominio de Francia y de los Lopez... Cayeron sobre Guatemala, que les repudió al fin; sobre Costa Rica, que los espoleó como mortal veneno; sobre Méjico, Colombia, Chile y la Argentina, que aun sienten el hábito cimponzofado de una influencia que perdura en la política y que ha minado la sociedad hasta impedir el progreso; y sobre el Ecuador, último refugio de Loyola, muerto en absoluto para la libertad.

Tomas Michelena.

SERMONEANDO

Poco que hacer tenía yo el domingo por la mañana, y como tenía muy poco que hacer, cosa que no es á mi solo á quien le pasa en estos tiempos, enderecé mi humanidad hacia á la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, donde sabia, por haber llegado anticipadamente á mi conocimiento, que el pastor de almas que entre nosotros cuida el rebaño católico apostólico romano, habia de pronunciar en ese dia uno de esos elocuentísimos discursos, con olor á proclamas de barricada, en cuya confección es tan diestro.

Como á esas fiestas no debé ir el que para la prensa escribe sin los correspondientes derechos periodísticos consistentes en lápiz y papel, yo me fui armado de oídos y gracias á algunas nociones de taquígrafia, que aprendí no se cuando ni como, puedo ofrecer á los lectores de FIAT LIT los trozos mas selectos y mas sabrosos del sermón de Don Crisanto.

La iglesia se encontraba cuando subia la escalacilla del púlpito, completamente llena de cuanto tiene el Salto de mas bello y mas distinguido.

Junto á las fervientes católicas se encontraban las no fanáticas pero religiosas, y las que sin abrigar sentimientos religiosos solo van al templo por recreo, como fui yo.

Cuando el reverendo padre se mostró sobre la cátedra sagrada presentaba ni mas ni menos que el aspecto de un tomate bien maduro con piernas y brazos.

Movimiento general de atención.

«Amados hermanos.»

Otro movimiento de atención.

«Amados feligreses.»

Nuevo movimiento de atención. Cada cual se arregla comodamente en su puesto.

«Amados oyentes míos.»

«Voy á reventar.»

«Manifiestas señales de miedo entre las hermanas católicas.»

«...voy á reventar por que no puedo mas.»

«Se me calumnia.»

«(Subiendo la voz)»

«Se me intriga.»

«(Voz mas alta.)»

«Soy tratado sin las consideraciones que merecen mis hábitos, y vengo hoy dispuesto á cantar las verdades del barquero.»

«El color rojo del padre sube de tono.»

«Lo ois bien. Voy á hablar claro, por que ya estoy cansado de que se me calumnie. En la defensa de mis ideas y en el cumplimiento

de mi mision yo he de imitar á Cristo; al santo cristo que derramó su sangre por redimirnos!»

(Los feligreses lloran á mas no poder... de risa)

«Haceis bien, amados oyentes míos. Llorad, llorad por que calumnian sangrientamente á vuestro mas fiel y desinteresado consejero.»

«¿Quien ha dicho que yo soy enemigo de la nueva sociedad de Beneficencia?»

«¿Qué me importa á mí que en cada esquina del Salto, se funde una asociación de esas?»

«Al contrario, y pongo por testigo al cielo de que soy partidario de esa sociedad. Si no soy socio yo es por que no tengo bastante fuerza de voluntad para serlo, pero en cambio, á muchos ilustrados católicos que han venido á pedirme consejo... ¿qué les he dicho?»

«(Que se hagan socios de esa sociedad.)»

«Así soy yo.»

«Ahora hablo con las verdaderas católicas, no con las que vienen al templo sin fé, hablo con las que creen en lo que se debe creer y leer, digo.»

«Ninguna debe asistir al Bazar que se celebrará el 20 de Setiembre, por que esa fecha rememora el ultraje mas sangriento que ha recibido la iglesia católica de los herejes que la persiguen.»

«Dejad que vayan los que hacen gala de su irreligiosidad, pero vosotras, amadas oyentes...»

«¡Gritos! las que creis deveras, no debeis ir, no vayais, por que se os abrirán las puertas del infierno.»

«Repito: yo he de morir como murió Cristo, pero no he de faltar al cumplimiento de mi mision santa y de paz.»

«No vayais al Bazar.»

«Soy partidario de la Sociedad de Beneficencia, pero no vayais al Bazar de Caridad.»

Después de esas últimas palabras, hizo el padre la señal de la cruz y dejonos convencidos á todos de que en ese dia, queriendo causar sensación entre sus feligreses y amados oyentes, no habia hecho mas que dar un feroz pisotón al palito.

Pica-pica.

EL NIÑO Y LA MUERTE

Diálogo

«Quiero salir á pasear. La mañana es hermosa, el aire del campo debe oler á flores. Tengo ansia de correr.»

«No te muevas. Tu ya no pasearás más. El peon de música que al salir disparado de la tuerca zumbaba alegre y giraba loco, ya no confundirá mas ante tus ojos las líneas abigarradas con que un juguetero de Nuremberg embadurnó su esiera. Duerme.»

«No tengo sueño. Solo tengo ansia de aire. Quiero respirar.»

«No, eso no es posible. ¿No advertiste anoche cuando dormías que yo puse mi mano sin carne sobre tu garganta? ¿No sentiste el hilo de mi ser, que es el no ser, correr por tus venas en un relámpago de frio? Es que no quiero que respires mas.»

«Aire, aire! Me ahogo. Quiero ver las copas de los árboles cimbreándose y huyendo uno de otros, como si se persiguieran sin alcanzarse; quiero ver andar por lo alto mi cometa, cuando su cola de trapos oscila y cul-

brea, quiero que llegue á mi pecho ese aire que la muove y tira de ella hasta hacerme daño en la mano con que sujeto el cordelillo.

—Pides la vida... Y no puedes vivir.

—¡Infame! ¿Qué daño te he hecho? ¡Déjame vivir!
—No puedo. Soy la resta de una espantosa suma humana. Soy el plomo y la epidemia que aclaran las filas. Soy quien á costa del dolor de unos cuantos, hago posible la existencia de muchos. Naceis por millares; debéis morir por cientos apenas habeis nacido. Tengo por misión disminuir esta densidad de la vida humana. El amor vivió fuera de la ley y no echa cuentas. Crea sin pensar que cada ser necesita una localidad en el espectáculo. Yo soy el acomodador, la «ouvreuse» me faltan sitios... Tengo que echar á la calle á los que sobran. La calle para esto caso es la muerte... Tu eres el que sobran... Traes la herencia de la enfermedad. Eres débil. Vienes al torneo sin armas. Eres vencido antes de empezar á pelear.

—¡Piedad. ¡Me ahogo!... Mi madre llora y yo no quiero ver llorar á mi madre... Siento en la garganta un nudo y otro nudo en el corazón... ¿Qué culpa tengo yo de todo eso que dices?... Yo he venido á vivir, no he venido por mi voluntad.

—Nadie muere por su voluntad. El decreto á quien tiemban el diente en la encía, la mandíbula en el cráneo y el alma en el cuerpo cree siempre demasiado pronto la hora de la muerte. Naciste contraviniendo las leyes que dan á cada metro cúbico de aire un pulmón que lo respire.

—No se cuando ni como nací. Una estrella azul brillaba en el cielo cuando mi padre y mi madre pensaron en mí. Fué un rayo de esa estrella ó un átomo del perfume de azahar que exhalaban los cabellos de mi madre lo que me dió vida. Vine á vivir entre pañales de limpio hilo, entre besos y caricias. Mi primera dicha fué un capricho satisfecho... un caballito de cartón que tenía como los de carne las berraduras, unas ruedas de metal pequeñas y relucientes como los realitos que me dió mi madre el día de mi santo... Mi primera pena es una medicina amarga, negra, que me dan á cucharadas, prometéndome por cada gota que me dan una tienda de juguetes.

—¿Para que quieres vivir?

—Para jugar, para ir al Circo cuando quiera, para comer dulces cuando los apetezca y sin limitación, para llegar á ser grande...

—¡Ser grande; ¡Temerdisgusto! ¿Ves las barbas de tu padre, por las que ahora se desliza alguna lágrima? Pues mira cuántas canas platean en su negrura, cada una de esas canas es una pena.

—¿Cuántas penas!

—Múere, muere tranquilo. Vas al cielo. Allí arriba te espera una angelical tropa juguetera y alegre. Allí no es nunca de noche, allí no hay maestro que te martirice, ni esposa que te cele, ni amigo que te traicione, ni hambre que te haga trabajar...

—¡Aire!...; Me ahogo!

Aire, no... Vas á tener una cosa que vale mas que el aire: la dicha de haber muerto sin que te odie nadie.

J. Ortega Munilla.

Separacion

—0—

—¡No mientas! ¡No me engañes! El fuego se ha extinguido; no queda del incendio mas que cenizas... ¡Ay, insensata de mi que he creído en la inmortalidad del amor!

Se echó á llorar; pero de pronto se puso en pie, con los ojos secos, en actitud resuelta.

—Hablemos claro.
Y como él tratase de cogerla las manos y de volverla á sentar á su lado:

—¡Si te digo que estoy decidida á saber la verdad! No... no me interrumpas... ¡Si no me conformo con una de esas explicaciones que tan habilmente, con tanta facilidad, inventais los hombres. ¡Ah! conozco el sistema. Unas cuantas palabra apasionadas, unas caricias, y adiós resentimiento, y adiós enojo. No hay mujer apasionada que no se convenza con tales argumentos. ¡Pero yo no, yo no quiero ser engañada por más tiempo! Basta ya de fingimientos. hasta ya de comedia! Plantemos el problema. Habla, explícate, sepa yo á que atenerme.

Uno y otro se miraron friamente, sin hablar palabra estudiándose.

—Vamos, sé franca; quieres que terminemos. ¿no es eso?

Ella no contestó al pronto golpeó el suelo con su sombrilla, indecisa, sin saber á que carta quedarse ni que determinar.

—Comprendo que estás cansada—insistió él—Lo impunemente se hacerlo que nosotros hemos hecho... Nos hemos amado demasiado... Pero al fin ha cedido la fiebre... Somos dos locos que recobramos la razón.

Ella, muy pálida, asintió con la cabeza.

—Pero ya podemos reflexionar...—Hizo una pausa.—Si... es preciso concluir, es preciso...

Y dominado de repente por violento acceso pasional, abrazó frénético á su amante.

—¡Pero por qué, pero por qué!

Ella se dejó acariciar sin oponer resistencia, conmovida por la excitación amorosa del mísero.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

Pero deshaciéndose de pronto de sus brazos, se puso en pié, tranquila, decidida, brillándole en los ojos la energía de las grandes resoluciones.

—No... no hagamos locuras... Seamos formales. Mira voy á decirte la verdad... Yo continúo queriéndote... Pero comprendo que es preciso concluir. Mi marido... ¡Oh, ya sé yo que el amor es una fuerza poderosa que destruye todos los falsos convencionalismos sociales... Pero yo soy una pobre mujer, débil... ¡Si te digo que no hay sentimiento que no se gaste, que sea eterno!

Ahora era él el que asentía con la cabeza, sin fuerzas para decir palabra.

—¡Tienes razon!

Le parecia que allá en su pecho se había lesmoronado algo.

—¡Adiós!

Estuvieron con las manos cogidas largo rato, ya en pie los dos, al lado de la butaca.

—Adiós... Perdóname.

Se asomó al balcón para verla partir.

La perdida caminaba muy aprisa, con ganas de alejarse pronto, y ya en la esquina de la calle volvió la cabeza instintivamente para despedirse de él, y le saludó con la mano.

Tuvo intenciones de llamarla.

Le pareció que aquella mujer que se iba para siempre ¡ay! para no volver mas, era su juventud que desaparecia, que se iba tambien.

Suspiró con angustia.

—¡Adiós!

Sawa.

La última carta

—0—

En cuanto llegó á su casa se precipitó sobre la mesa, cogió la pluma y comenzó á escribir lleno de coraje y de rabia; si, lleno de rabia, no habia duda: la mujer que adoraba habiasido toda aquella noche la mas perversa, la mas abominable de las coquetas; ¡oh, y como se abandonaba ella entre los brazos de sus parejas de baile! Con qué languidez inclinaba el rostro sobre sus pechos!... inmediatamente comenzó á escribir estas frases vengadoras: «Ni siquiera la odio á vd, señora, porque la desprecio. No solamente no me queda ni un resto de amor, sino que ni cólera siento.

Voy á retratarla tal es: falsa, mentirosa, perfida, digna de todos los desdenes; y si acaso por una imprudente mentira mas, osase usted á ensayar una justificación, no la escucharia» Se interrumpió y quedó pensativo; si ella tratase de justificarse, estaba seguro de que no la escucharia aunque se arrastrase de rodillas. Esta parte de la carta estaba bien; no estaba tan satisfecho del principio. Aun á una mujer despreciable no debe nunca decirse que se la desprecia: es preciso ser siempre galante con estas criaturas.

Cogió otra hoja de papel, y escribió: «La odio á usted, señora, la odio á usted, y si pretendiera justificarse, yo en mi resentimiento legitimo, con mis propias manos...» Se interrumpió de nuevo y pensó que esta vez habia ido demasiado lejos. Se puede abominar á una mujer y decirle que se abomina, pero no amenazarla de una manera brutal; estaba ciego de coraje.

¿Quizá convendría insistir menos en eso de la cólera? Toma otra hoja de papel, y escribió: «La odiaría á usted, sino la hubiera amado tanto! El respeto y el recuerdo de mi amor—que ya gracias á Dios no existe—la salva de mi furia; pero si intentase acercarse á mi, inventando alguna justificación, yo la volveria tranquilamente las espaldas.» ¡Oh! así estaba bien.

Hé aquí una carta sin énfasis y digna; bien claro se manifiesta en ella sin ofensas y sin cólera la resolución firme de mi corazón, cerrado para siempre á su amor... entonces le saltó un escrúpulo ¿qué necesidad hay de hablar de tranquilidad y de indiferencia?

Le he jurado tantas veces que la amaba!

¿No tendrá ella razon de acusarme de traición, al declararle que he olvidado tan fácilmente su amor? ¿No tendrá razon al decirme que soy digno de su infidelidad? ¿Con que razon dirá ella, me exigias fortaleza en mi amor cuando tan fácilmente olvida?

Meditó largo rato, y cogiendo otra hoja de papel, escribió:

«La he amado á usted tanto, señora, que no puedo dejar de amarla sin pena: si usted tratase de justificar su conducta, y escucharia sus palabras; pero sin una profunda tristeza?»

«Bien! ¿Y por qué no habia de escucharla? ¿Acaso los jueces se portan así con los reos? ¿Por qué he de ser yo mas severo? ¿Y si fuera inocente? Las faltas que ella ha cometido, quizá no sean tan graves como yo pienso y tal vez puedan ser excusadas. ¡Oh! Yo no perdonaré jamás; pero seré humano, generoso, en una palabra digno de mi. No; no negaré á la desdichada la posibilidad de atenuar su falta, de defenderse y de disminuir la pena.

Cogió otra hoja de papel y escribió: «Tanto la he amado, señora; tanto tiempo ha sido usted para mí fiel y amante, que no puedo creer que usted sea irremisiblemente coqueta. Venid, venid, y pruebe á justificarse! Pruebe usted á convencerme de que yo me he equivocado... que yo he juzgado por las apariencias...»

Entonces tiró la pluma. Si ella leyese estas líneas, ella, no vendria nunca; él la conocia; ella era orgullosa é inerte y sobre todo cuando mandaba, cuando quedaba encima en la lucha.

Ella no responderia; todo habria concluido; él no volveria á ver sus queridos ojos de oro; donde resplandece la hipocresía, ni sus deliciosos labios rojos, donde florece la mentira.

Todo su cuerpo se estremeció; se cogió la cabeza con las dos manos; su corazón se hinchó— sintió ganas de llorar... Sobre la mesa ya no habiamas que una hoja de papel: la tomó, y escribió ardorosamente: «Te amo! Te adoro! ¿De qué te has de justificar tu, si no eres culpable? No es verdad, no, que tú te abandonarás en los brazos de tus parejas de baile: no, no es verdad que tu rostro se inclinara languidamente sobre sus pechos! Yo estaba loco: no vi bien! Ven! ven! Yo te pediré perdón de rodillas por haberlo pensado. Yo no quiero perder, ni tus queridos ojos de oro, ni tus sinceros labios.»

Catulo Mendez

CHISPAS

—0—

Es posible que el lector no lo crea; pero es una verdad morrocotuda la de que la crisis ha mostrado su silueta antipática á don Crisanto.

Creían Vds. como yo que él estaba seguro contra vientos y tempestades, gracias al negocio del templo, reputado como quebrantos.

Y sin embargo, nada hay mas cierto que la numerata pecunia que don Crisanto recibe de diario, ha disminuido de una manera notable en estos últimos tiempos.

Efecto de esa causa es que él se haya propuesto seriamente hacer economías á fin de no naufragar.

Para ello ha empezado por no alumbrar el reloj de la iglesia en ciertas noches, por mas que el pueblo acostumbrado ya á esa ganga de ver la hora á través de las tinieblas, haya lamentado la omisión.

Otras de las economías de Don Crisanto, con

siste en guardoren su bolsillo los veinte centésimos con que debía contribuir á sostener la Sociedad de Beneficencia, aunque mas no fuera por el que dirán.

Veinte centésimos! Ahí es nada!
En épocas críticas valen veinte pesos.
Hacebien, padre, guarde no mas sus morlacos.

Ya se encargará alguno de disfrutarlos á sus anchas algun dia.

No hemos de ser nosotros por cierto.

¿A que no saben Vds. que es lo que le falta á don Crisanto?

¿A que no?
Valos vemos lanzarse maliciosamente en el terreno de las suposiciones.

Pues no les hemos de dar mucho tiempo para fejerlas.

A don Crisanto le falta fuerza de voluntad. Así lo declaró el domingo pasado en pleno templo.

Si es esa la única fuerza que le falta, menos mal.

Peor sería que la tuviera.

Por que, imagínese el lector á Don Crisanto con fuerza de voluntad, con es? cuerpo hercúleo, esa espalda ancha, ese pecho de hierro esa cabeza de punta de Paris y ese pescuezo con musculos de acero!

Sería indiscutiblemente el hombre mas forzado del Salto.

Hasta el mismo Paticho (Q. D. G.) se levantaría de la tumba para admirar al sucesor de su fama entre el gremio de... los chançadores.

No hay mas. Es mejor que á D. Crisanto le falte fuerza por algun lado.

Así viviremos mas tranquilos.

Don Crisanto, que á imitacion del raton de la fábula, estaba hacién lose el muerto, ha resuelto resucitar.

Resucitó el Domingo ppdo., pronunciando un sermón de esos de hacer parar los pelos de punta.

Tuvo, segun nos informan, durante su sagrada veroracion, momentos verdaderamente espeluznantes. Entre otras cosas, dijo que habia de sudar sangre en el púlpito, pero que no eejaria jamás, y firme en sus trece, lo habian de encontrar siempre los eee... teeer... noooooos enemig... de la religion!

Demás está decir, que hubo llantos y desmayos entre los feligreses; que las criaturas llamaban á las mamás á grito pelado, y los cuscos aullaban de una manera siniestra! Aquello debia parecer la conclusion del mundo. Y en verdad, q' el mundo católico toca á su término, y de ahí, esos estallidos oratorios de sus sacerdotes.

«Oh! jernol! muy cruel! martirio horrendo!
«Espantosa espiacion de tu pecado!
«Sobre un lecho de espinas maldiciendo,
«Morir el corazon desesperado!
«Las mismas manos de dolor mordiéndolo,
«Presente á tu conciencia lo pasado,
«Buscando en vano con los ojos fijos
«Y estendiendo tus brazos á tus hijos!»

«No es verdad lector amigo, que estos versos de Espronceda, me han venido á la memoria, como de perilla, para rematar esta chispa?»

Y esto se murmura
Y esto se asegura...
que ciertos clericales, quieren arrojar unos puñaditos de semilla de cizaña, en esa dorada y abundante mies que lleva por simpático nombre, «Asociacion de Caridad y Beneficencia Pública».

Pero es en vano, señores, que tal pretenden, porque cuando las buenas ideas se hacen carne en el seno de una sociedad culta como lo es la nuestra, no mucren nunca.

Si supieran los tales, cuantos desgraciados bendicen á estas horas á las humanitarias damas que forman la comision central y sub-comisiones de aquella institucion!

Hasta se ha querido explotar en su contra la idea del bazar que en estos momentos se organiza, siendo así que la Asociación, no tiene nada, pero nada absolutamente que ver, con aquella fiesta de beneficencia, como lo ha declarado expresamente, la comision de la niñas que la prepara.

Están, pues, ladrando á la luna. Ya se vencerán de ello.

Van adelante los trabajos preparatorios para la gran manifestacion del partido liberal, por lo que andán muy mohinos y cari-acontecidos, nuestros adversarios.

No es para menos tambien.—Eso de que en un mismo dia y en una misma hora, millares y millares de liberales, se congreguen en todo el territorio de la República, para lanzar el mas formidable anatema contra las doctrinas de los discipulos de Loyola, es para infundir respeto, y hasta miedo.

La manifestacion liberal vendrá á ser una especie de plebiscito: del que ha de resultar q' en este pais, la religion católica no es la del Estado, pese á ese art. 5 de la q' Constitucion, muy pronto ha de borrararse, para ser reemplazado por otro en el que se consigue al fin el gran principio liberal: La iglesia libre, en el estado libre.

«¿De dónde acá, tanta caridad en el Salto?» Esta pregunta que se atribuye á nuestro cura parroco, y los comentarios que ella nos sugiere, se nos iban quedando en el tintero....

«¿Que de dónde acá?... de siempre, reverendo señor! Y caridad amplia y generosa, no mezquina y estrecha como la que ofrece pan á cambio de claudicaciones! Caridad que lo mismo ha llevado su óbolo al entristecido hogar de un hijo del pais, que á los asolados por la peste ó por las inundaciones, allende el Oceano.... en Italia, España, etc., etc.

Si por algo se distingue este pedazo de tierra, dijo el ilustrado Dr. Dupont en la última velada del Ateneo, despues de sus esfuerzos por la propia independendencia, es precisamente por sus sentimientos de filantropía. Y dijo una gran verdad, aunque no lo sea para D. Crisanto y para todos los que se mueren de envidia, ante la obra grande y cristiana, iniciada por los liberales del Salto,

«Qué de cuando acá.... cuando menos él ha venido á enseñarnos á ser humanitarios!»

Dícese que ha caido una bomba en forma de nota ó cosa que lo valga, en medio del concilave católico del Salto.

En esa nota, el Dr. Soler lo exhorta á proceder con calma, con mucha calma!

Si, señores; despacito por las piedras, como dicen nuestros paisanos!

Juvenal.

AMOROSAS

—O—
La mujer

(De A. Musset.)

Invencible es tu poder,
Tirano del hombre eterno!
Con tu sonrisa, oh mujer,
Lo arrojas á tu placer
A los cielos ó al infierno.

Tú con una burladora
Palabra ó risa traidora,
Tú con un gesto mohino
Clavas puñal asesino
En el pecho que te adora.

¡Puede gozarte altanera!
Pues se dobla á ti doquirea
Nuestra flaca voluntad.
Nada tu poder supera
Mas que tu fragilidad.

Pero pronto su fin halla
Todo poder que la valla
Salta audaz y abusa así:
El hombre que sufre y calla
Huye, llorando, de tí.

Es bien triste y lastimero
El destino que le plugo;
Pero al tuyo lo prefiero:
Mejor sus tormentos quiero
Que tu papel de verdugo.

Su retrato

(De Heine)

Yo contemplaba tu retato en sueños.
Su imagen bendecida,
Y vi brillar de súbito, alhagüenos,
Los signos de la vida.

Dulce sonrisa de indecible encanto
Abrió sus labios rojos;
Gota feliz de cariñoso llanto
Apareció en sus ojos.

Y corría tambien por mi semblante
El lloro eternecido,
Y «no puedo, exclamaba delirante,
Crear que la he perdido!»

Recuerdos

(De Byron)

No me recuerdes, no, las dulces horas
Aunque pasadas ¡ay! siempre queridas,
Cuando en celestes dichas voladoras
Se enlazaron por siempre nuestras vidas.
Ese recuerdo retará al olvido,
Hasta que en doble tumba,
Por la implacable muerte al fin vencido,
Nuestro anhelo sucumba.

Ni yo puedo olvidar, ni tú tampoco,
Aquellos dias, cuando en blando juego
Tus rubios rizos destrenzaba loro.

Y tu pecho latía, y poco á poco
Prendía en él mi fuego.
Aun en aquellos éxtasis te admiro:
Tu sereno mirar languidecía;
Tu seno hinchaba desigual suspiro,
Y tu lábio, callando, amor decía.

En mi pecho tu frente reclinada,
Centelleaban al fin tus dulces ojos,
Luchando en tu mirada
Las caricias y enojos,
Hasta que tierna perdonando agrávios,
Tu voluntad, doblada al dulce peso,
Cedía á mi embeleso,
Y ardiendo se buscaban nuestros labios,
Cual si espirar quisieran en un beso.

Entonces ¡ay! estática y tranquila,
Entonabas al párpado divino,
Velando el globo azul de la pupila,
Y la pestaña oscura
Parecía en su rostro alabastrino
Pluma de cuervo sobre nieve pura.

Aun soñé anoche, idolatrado dueño,
Que nuestro amor antiguo renacía,
Y fué ante aquel sueño
Mas grata la ilusion al alma mía,
Que si gozase al resplandor del dia
Positivo amor de otra hermosura.
A los ojos mas bellos
Que anima la pasion con sus destellos
Vence, aun sonada, tu pupila pura.

No me recuerdes, no, las dulces horas
Que aunque pasadas ¡ay! la fantasia
Renueva encantadoras.
No me recuerdes, no, tan dulces horas
Hasta que envuelto en el eterno olvido
Nuncie la loza fria
Que nuestro doble sér yace extinguido.

VASALLAJE

En el callado abismo de tus oscuros ojos,
En el fatal misterio de tu serena tez,
En la sonrisa triste que hiela tus antojos,
En esa que te envuelve como un velo de enojos
Sombria cabellera, mas negra que la pez.
En tan augustos signos y egrogios caracteres,
No bien pase á tu lado, tu alcurnia conoci;
Y aunque en Madrid, marquesa de los cristianos eres
Por reina de las turcas y arábigas mujeres
Te proclamé diciendo: *Quaddach ma chusteh chí*.
Bendiga Allah, señora, tus intimos secretos!
Yo soy un noble moro debajo de este frac;
Y á fuer de moro y noble, te ofrezco mis respetos
Pues tú sobre las razas de que ambos somos nietos,
aunque mujer, hoy reinas por el favor de Allah.
Quien diga que profesas la fe de Jesucristo,
Quien dude de que guardas las llaves de Stambul,
Quien niegue tu linaje de moro y turco misto,
Aqueste desgraciado sin duda que no ha visto
Brillar tus negros ojos detras de un velo azul.
Aqueste no ha seguido tu imagen hechicera.
Las tardes de verano, como la sigo yo,
Cuando enrojada y muda, enai languida pantera,
Bormitas en el fondo de asiatica litera...
Que hoy llaman estos perros cristianos un *landó*
Aquese no ha entrevisto la gloria musulmana,
Aquese no codicia los besos de una huri.
Ni vuelto hacia el Oriente, rezo por la mañana,
Y alzo luego su tienda, y en larga caravana
Cruzó el ancho desierto, soñando siempre en tí.
Soñando en el misterio de tus profundos ojos?
Soñando en el misterio de tu serena tez?
Soñando en la sonrisa que hiela tus antojos,
Y en esa que te envuelve como un velo de enojos,
Sombria cabellera, mas negra que la pez?

Padro Antonio de Alarcón.

ROMPE CABEZAS

Soluciones al número anterior

Charadas

Mo-ro-cha.

Resolvieron: Onin Rutas, Liberal, Pica Pica, Camaleón y Caxtor.

Revoltijo de letras

Antonietta Mendoza.

Resolvieron los mismos del anterior.

Adivinanza

El tiempo

Resolvieron los mismos, menos Caxtor.

CHARADAS

I

Es curiosa mi palabra
Y tan curiosa lo es
Que sea al derecho mirada
O leida desde su fin
Es siempre igual, no se cambia
Silabas tres; PRIMA y TERCIA
Son por cierto cosa mala.
La SEGUNDA, si se liga
Con las otras, cosa rara!
Ya vaya con la PRIMERA
O con la TERCERA vaya
No dará, lector querido
Mas que una sola palabra.
Un TODO os prometo, en fin,
Si resuelves la charada.

II

De lo que hierva, y nada,
Se compone esta charada.

III

Cierto tiempo de verbo
DOS y PRIMERA
y de otro lo es la CUARTA
tras la TERCERA,
y de ese modo
un vegetal indica
sin duda el TODO.

PREGUNTAS

- ¿Qué es lo último que pierde el hombre al morir?
- ¿Qué es lo primero que le quitan al hombre en la vida?
- ¿En qué se parece un turco a un toro?

LOGOGRIFO

1 2 3 4 5 6 7 8

- 1—Signo aritmético
- 2—Documento comercial.
- 3—Animal.
- 4—Preposicion.
- 5—Parte del cuerpo.
- 6—Conjuncion.
- 7—Cantidad.
- 8—Verbo.

En conjunto debe dar un conocido adagio.

REVOLTIO DE LETRAS

AAAAAAAAACHLENNRA

Formar con esas letras los nombres de dos niñas del Salto.

NOTICIAS

Juego de los sapos—Este juego matemático se vende desde hace poco tiempo en Paris: no exige mucho tiempo ni dinero, porque basta trazar siete casillas iguales y colocar en ella seis objetos que representen tres sapos y tres ranas dispuestas como se indica en la figura; hecho esto, se trata de hacer

S	S	S		R	R	R
---	---	---	--	---	---	---

que pasen los sapos al sitio que ocupan las ranas, y reciprocamente, utilizando la casilla vacia para correrles. Además un sapo puede saltar sobre una rana y vice-versa, como los peones del juego de damas; pero no se puede retroceder jamás, entrar en una casilla ocupada ó saltar por encima de su semejante. Se hace el juego en quince posturas, para el buen éxito del mismo sin cálculo, no se colocará nunca dos sapos ó dos ranas, unos cerca de otros, porque no pueden retroceder ni pasar

Está disculpado—Daguerre nos escribe una tarjeta pidiendonos disculpa por no habernos enviado un Tarjeton.

Por nuestra parte está disculpado. De la disculpa que no respondemos es de la de nuestras bellas lectoras.

Bazar de Caridad—La Comision de señoritas encargada de los trabajos preparatorios para el Bazar de Caridad que se abrirá el 20 de Setiembre, prosigue con mucha actividad en la realizacion de la obra emprendida. Ya se han recibido donaciones consistentes en muchos objetos de valor.

Segun nuestras noticias el Bazar se instalará en el local de la muebleria de Don Felipe L. Manteverde.

El lenguaje de las frutas—Desde tiempo inmemorial ha sido el lenguaje de las flores el idioma predilecto de los enamorados.

Corre por ahí un librito en que estan expresados los significados de todas las flores conocidas.

Pero es preciso confesar que ese librito es un libro de Verano.

¿Qué hará el enamorado cuando llegue el Otoño y no tenga flores en su huerto?

Este vicio es el que pueden llenar las frutas. La cereza, significa «debilidad».

El alberchigo, «escasez».

La pera, «causancio».

La manzana, «familia».

El higo, «te adoro».

La granada, «riqueza».

El melon «amor platonico».

La patata, «poco dinero». (Aquí empieza ya el lenguaje de las hortalizas, apéndice al de las frutas).

El arroz, «obstáculos».

La remolacha, «rubor».

La berengena, «memoria».

El tomate, «sentimiento».

La alcachofa, «amargura».

La lechuga, «amor hasta la tumba».

Conocidas estas equivalencias, un hombre no puede hablar con su adorado tormento, influye con la criada para que esti ponga en la mesa peras, arroz, melon, patatas, berengenas y manzanas.

La mujer amada, advertida a tiempo, se sienta a la mesa, y lee en los platos lo siguiente:

«Estoy cansado de los obstáculos de tu amor, y como no tienes dinero, me retiro. Memorias a la familia.»